

CAPÍTULO VI.

Lucha sangrienta entre las fuerzas del general Negrete y las del coronel Van-der-Kniseen en la Loma de Tacamburo.—Victorias de los juaristas en Huejutla.—Impenente actitud de los mejicanos en el Estado de Puebla.—Dura leccion dada á los habitantes de esta comarca por el general Thum.—Victorias de los juaristas en Ystlahuaca y Zacualtipan.—Idem de los imperiales en Teran, Montemercos y Marin.—Tentativas del gobierno de Maximiliano para conseguir de los Estados-Unidos el reconocimiento del nuevo Imperio de Méjico.—Sus resultados.

I.

Las victorias alcanzadas por los imperiales en los departamentos de Tecalitlan, Jalisco, Oajaca, Michoacan y otros varios Estados de la parte septentrional del Imperio mejicano, y sobre todo, la ocupacion de Monterey y el Saltillo por las fuerzas franco-mejicanas, hicieron angustiosa y en extremo difícil la situacion de los juaristas, y por el contrario favorecieron considerablemente la monarquía de Maximiliano. A pesar de esto, el ex-presidente Benito Juarez, firme siempre en su propósito de no abandonar nunca la santa causa de la patria y de la independencia, dió las disposiciones más oportunas para que las pocas fuerzas que aun permanecian fieles á su bandera, continuasen en su sistema de guerrillas contra los imperiales, designando al efecto algunos puntos á que unas y otras debieran dirijirse.

Obedeciendo las órdenes del ex-presidente, el general Arteaga, perseguido vivamente en la parte del Sur por el coronel Chinchón, logró aproximarse á la hacienda de

San Antonio en el camino de Huetamo. Otro general ménos osado y entusiasta que Arteaga hubiera, ya que no abandonado por completo su empresa, consagrado al ménos algunos dias al descargo de que tanta falta tenian las fuerzas á cuyo frente se encontraba. Pero muy lejos de esto, el bravo general se dedicó con mayor afán y sin perder un instante, á recuperar las fuerzas que habia perdido en el último encuentro con el coronel Chinchon para emprender nuevas conquistas y librar nuevos combates.

Apenas se hubo organizado su fuerte columna, se dirigió hácia Tacamburo (16 de Julio); cuya ciudad estaba defendida por una escasa guarnicion del ejército imperial. Noticioso de este movimiento el coronel Van-der-Knissen avanzó con una columna ligera, compuesta de unos 1.000 belgas y mejicanos, por Santa Clara, con el fin de unirse á las demás fuerzas francesas, que se encontraban en el lugar citado, y batir al general Arteaga. Al llegar este á las puertas de Tacamburo encontró á la guarnicion de esta ciudad dispuesta convenientemente para resistir el empuje de las columnas juaristas. Un nutrido y certero fuego de artillería y fusilería recibió á los soldados de Arteaga, los cuales sin temor á la muerte casi segura que les esperaba en los muros de aquella plaza, se arrojaron sin disparar apenas un solo tiro á las puertas de la ciudad, arrollando al enemigo y haciéndole abandonar lleno de espanto todas sus posiciones.

No bien el general Arteaga habia alcanzado esta gloriosa victoria, cuando se le dió aviso de que las fuerzas del coronel Van-der-Knissen, de que anteriormente habíamos, se dirigian hácia Tacamburo, habiéndoseles incorporado las tropas belgas que habian logrado escapar del último combate, y varias otras columnas que se encontraban en las inmediaciones de la ciudad citada.

Convencido el general Arteaga de que las fuerzas enemigas eran en número muy superiores á sus guerrillas, y de que les seria de todo punto imposible defenderse con alguna ventaja dentro de la ciudad, determinó situarse á corta distancia de esta, en una posicion que por lo ménos no ofrecia el

peligro de ser copado por los franco-mejicanos.

Al llegar á Tacamburo el coronel Vander, las guerrillas de Arteaga se hallaban en efecto formadas en batalla, en la posicion de Loma, á una legua próximamente de la ciudad. El acceso más fácil que esta posicion presentaba, era un estrecho sendero, en el cual el jefe juarista colocó gran parte de su artillería. El resto de sus fuerzas fueron igualmente colocadas en los lugares más convenientes, y todos esperaban con valor y serenidad el momento en que se acercasen las tropas del enemigo.

No se hicieron esperar mucho tiempo las columnas de Vander. Dirigiéndose por el paso en que Arteaga habia colocado cuidadosamente su artillería, los juaristas dejaron al enemigo aproximarse á tiro de fusil al estrecho sendero, en donde no creian que pudiese funcionar la artillería de los liberales. Varios disparos de metralla que á un mismo tiempo salieron del oculto baluarte, cubrieron materialmente el campo de cadáveres belgas y franceses, huyendo desavoridas todas las fuerzas de Vander. Los juaristas, que por su escaso número no podian acometer en campo abierto al enemigo, creyeron prudente no abandonar su posicion á pesar del desórden introducido en las filas enemigas, y esperaron firmes en la Loma nuevas acometidas de los imperiales.

No tardaron en efecto en presentarse las derrotadas fuerzas del coronel Van-der-Knissen. Luego que estas se repusieron un tanto de la anterior sorpresa, el valiente coronel empezó á arengarlas con esa elocuencia viva y entusiasta que inspira el valor guerrero, y bien pronto se convenció que sus columnas estaban dispuestas para dar un nuevo ataque á la Loma.

Procurando evitar la acometida por el estrecho sendero que tanta sangre hizo derramar á sus columnas, Vander se dirigió por otros puntos á la posicion de Arteaga, estableciendo á su alrededor un fuerte cordón de franceses y de belgas, que con ojo certero disparaban sin cesar sobre el enemigo. Largas horas de combate sostuvieron las fuerzas de uno y otro bando, quedando tan reducido el número de los juaristas, que su

esforzado jefe creyó necesario un acto de temerario arrojo para no ser presa, con todos los suyos, de las crecidas huestes del enemigo. Aprovechando el general Arteaga un lugar y un momento oportunos, dió la señal de ataque por uno de los flancos con el fin de abrirse paso y salir de aquella crítica y embarazosa situación. Los juaristas, obedeciendo las órdenes de su general, cayeron con la rapidez del rayo por el lugar que su jefe les había indicado, y trabando una lucha cuerpo á cuerpo con los franceses que lo defendían, lograron al fin romper la especie de cuadro en que se veían encerrados, y descubrir nuevos campos en que batirse en retirada. El enemigo, que se apercibe de la huida de los juaristas, cae sobre ellos con gran presteza, y les causa una horrible mortandad. Arteaga y los suyos se revuelven contra los franceses; estos volviendo á cercarlos, porque á ello se prestaba perfectamente su número, encierran otra vez al enemigo, estrechan el cerco, apelan al arma blanca, y la lucha se hace más sangrienta y terrible. Arteaga, que con un valor heróico se había batido desde los primeros instantes, convencido de que la resistencia era de todo punto imposible, da la señal de retirada, y con él pudieron escapar de la encarnizada lucha á unos 1.000 de sus soldados, dejando en poder del ejército imperial unos 300 fuera de combate, 200 prisioneros y hasta 600 fusiles.

De este modo quedó vengada y con creces, la derrota que pocos días antes habían sufrido los belgas en Tacamburo, y consiguieron las fuerzas de Maximiliano apaciguar por algunos días el espíritu belicoso en el Estado de Michoacan.

II.

En Portezuela, provincia de San Luis, alcanzaron igualmente por este tiempo una regular victoria las armas francesas, sorprendiendo el coronel Lafaille una partida de 400 juaristas, los cuales, después de haberse defendido en cuanto les permitió su escaso número y la desventajosa posición que ocupaban, tuvieron que abandonar el campo con algunas pérdidas de caballos y de armas.

En el Estado de Puebla, por el contrario, los juaristas alcanzaban á la sazón una brillante victoria. Las guerrillas de Martínez y Escamilla, que ya en varios encuentros con el enemigo habían dado á conocer su valor y arrojo, se propusieron apoderarse de Huejutla, ocupada por una numerosa guarnición mejicana y austriaca. Sin que nada les importara á Martínez y Escamilla las grandes fuerzas que defendían esta población, ni las fortificaciones con que contara, se arrojaron con extraordinarios bríos sobre Huejutla, la cual quedó en breve en poder de los juaristas, huyendo cobardemente las fuerzas que la custodiaban, y dejando á los vencedores gran número de armas y municiones.

Incorporándose los fugitivos á los guardias rurales y á los destacamentos acantonados en las cercanías, volvieron por su honor á Huejutla, en donde las guerrillas eran objeto de los vivas y aclamaciones de todos sus habitantes.

No bien se hubieron acercado á la población las huestes imperiales, cuando los jefes anteriormente citados, puestos al frente de sus guerrillas y seguidos hasta de las mujeres y de los ancianos de Huejutla, cayeron con frenético entusiasmo sobre el enemigo, destrozándole por completo y obligando á huir despavoridos á los pocos que no fueron muertos ó hechos prisioneros. Estas dos victorias alcanzadas consecutivamente por los defensores de la independencia, reanimó de tal manera el espíritu liberal de los mejicanos, que el Estado de Puebla pareció levantarse en masa para combatir hasta la muerte contra los ejércitos invasores. El gobierno de Maximiliano que se prometía en el Estado de Puebla una completa é inalterable tranquilidad, no por el efecto que sus habitantes tuviesen á la monarquía, sino por la impotencia á que se veían reducidos desde la célebre toma de la capital por el general Forey, quedó sorprendido ante la actitud amenazadora que tomaban los habitantes de aquella comarca, y se propuso abatir sin tregua ni descanso la nueva tendencia revolucionaria que con caracteres tan alarmantes se había iniciado en Huejutla.

Diéronse al efecto las oportunas órdenes

al general austriaco Thum para que fuese á auxiliar con su division á los derrotados en Huejutla, y para que castigase con mano fuerte todo movimiento hostil que allí se presentase. Proponiéndose el general Thum cumplir al pie de la letra las terminantes órdenes del gobierno imperial, y aun más que las órdenes espresas, el pensamiento oculto que en ellas se encerraba, concentró sus fuerzas al Norte de Tezuitlan y dirigió sus primeros ataques á las cumbres de Apulco en donde se encontraban unos 500 juaristas.

A pesar del excesivo número de tropas de Thum, los defensores de la libertad resistieron largo tiempo el empuje de los austriacos, causándoles algunas bajas; pero viéronse al fin obligados á emprender la retirada y á dejar al enemigo que se estableciese sin ser molestado apenas en Huahuaxjutla.

Los habitantes de toda esta comarca, que conservaban aun palpitante el recuerdo de los anteriores desastres, miraban con torva faz al ejército de Maximiliano y se disponian á vengar sin tregua ni descanso la sangre allí vertida de sus hijos y de sus hermanos. El general austriaco, viendo la actitud de los mejicanos, hizo que al punto se le reuniesen mayores fuerzas; y una terrible leccion en la que hicieron alarde de su crueldad y saña las tropas imperiales, abatió por el momento el nuevo y generoso esfuerzo de los habitantes de esta comarca, y dejó en pacífica posesion del territorio al general Thum.

Los generales Niegne y Donay, que en caso necesario deberian marchar á proteger al austriaco, se encaminaron el primero á su cuartel general de Leon y el segundo á San Luis de Potosí, residencia de su mando. El general Castagny, que llegó á Durango el 1.º de Julio, salió igualmente el dia 10 con direccion á Zacatecas para encaminarse á San Luis de Potosí.

III.

La partida del célebre y temerario Troncoso se acercaba entre tanto á Ixtlahuaca, defendida por fuerzas austriacas y francesas. Era sin duda desconocido á Troncoso el número de las tropas que defendian esta plaza, y se atrevió con los pocos que le acompa-

ñaban á acercarse hasta las mismas puertas de la poblacion. Los imperiales, que se apercebieron del escaso número de los guerrilleros, cayeron con gran ímpetu sobre el enemigo, y sin darle tiempo ni aun para prepararse á la defensa, Troncoso y los suyos viéronse envueltos repentinamente entre austriacos y franceses, quienes despues de hacer una matanza horrible en los mejicanos volvieron á encerrarse tranquilamente en la plaza de Ixtlahuaca. Los pocos guerrilleros que lograron escapar se incorporaron á las bandas de Puebla y Arteaga, los cuales poco despues se unieron á la caballería que Riva-Palacio habia puesto á las órdenes del impetuoso y temible Ugalde.

Todas estas fuerzas que componian un total de 1.000 hombres de infantería, seis piezas de montaña y unos 500 caballos, acometieron á varias compañías de franco-mejicanos que se enseñoreaban del territorio y de las cercanías de Ixtlahuaca, quedando aquella vasta comarca en poder de las guerrillas, y sometidas igualmente poco más tarde todas las poblaciones de la carretera de Morelia.

Otra victoria, no de escasa importancia, alcanzaban al mismo tiempo las tropas juaristas. Las fuerzas de Zongolica, capitaneadas por el antiguo comandante de las mismas D. Leandro Amador, se sublevaron al grito de ¡viva Juárez y la libertad de Méjico! Y despues de derrotar las tropas imperiales que quisieron ahogar aquel noble sentimiento de patria y de independencia, quedaron dueños los sublevados de una estensa y fertilísima comarca, que podia proporcionarles grandes recursos para llevar á cabo la gloriosa empresa por que luchaban con una constancia y generosidad dignas de todo encomio.

En Zacualtipan alcanzaban asimismo los juaristas varios triunfos sobre los imperiales, quienes se vieron últimamente obligados á echarse en brazos del vecindario, ofreciéndole grandes recompensas, para mitigar en algun tanto el espíritu inquieto y revoltoso que en todas partes se levantaba contra las fuerzas de Maximiliano.

La suerte de las armas se presentaba muy de distinta manera para los juaristas en Teran, Montemorelos, Marin y otros varios puntos,

en donde los imperiales lograban importantes triunfos y causaban inmensas pérdidas al enemigo. Los diarios defensores del Imperio, aprovechando estas victorias consecutivas de los franco-mejicanos, se esforzaban en atraer por todos los medios el espíritu del país á la causa de la monarquía, haciendo ver la conveniencia y la necesidad imprescindible del completo establecimiento del régimen imperial. «La defensa de sus intereses,—decían los citados diarios dirigiéndose á las poblaciones en que ondeaba el pabellon del Imperio,—que con tan buen éxito están haciendo casi todos los pueblos de Méjico, y la cooperacion que han prestado á las fuerzas expedicionarias, revelan claramente sus simpatías al Imperio; y no hay que dudar que, merced á este saludable ejemplo, los pueblos que han permanecido en la inaccion y la indolencia se decidan á defender igualmente sus intereses, en union de las tropas imperiales y de las autoridades de los departamentos, si no quieren verse espuestos al robo y al pillaje de que tan tristes y frecuentes ejemplos están dando las pocas partidas que, bajo la bandera de la libertad, encubren toda clase de escándalos y violaciones. Que los pueblos todos muestren hácia el nuevo régimen sus simpatías, ya que no la eficaz cooperacion que Teran, Montemorelos, Marin y tantos otros, y la pacificacion, prosperidad y grandeza del Imperio mejicano serán obra de cortísimos momentos.

Desbandadas ya las fuerzas que componian el mayor contingente de los descontentos, solo han quedado pequeñas partidas, y estas tan desmoralizadas, que se destrozan mutuamente, como lo prueba el encuentro de Ugalde con los Troncosos. Estos habian robado un convoy de mercancías valuado en 100.000 pesos, y han sido robados á su vez por Ugalde, que además mandó fusilar á esos dos hermanos y doce oficiales suyos. No hay, pues, que luchar ya contra enemigos políticos, sino solo contra malhechores.

Però no pudiendo,—continuaban los adictos á la monarquía,—esos desalmados conseguir ventaja alguna, sino que por el contrario, son vencidos ó ahuyentados donde quiera, se valen de otras armas para hacer la oposicion al Imperio. En efecto, están propagando entre otras cosas, que los Es-

tados- Unidos veian con harto desagrado la preponderancia que en Méjico iban adquiriendo las ideas monárquicas, y que el gobierno de Washington lo haria manifestar así al de las Tullerías y á su protegido Maximiliano I; que en atencion á esto SS. MM. están ya haciendo los preparativos para abandonar el país; que con este objeto se ha dado principio á obras de fábrica en el palacio de Miramar; que el ministerio va á sufrir un cambio completo, por estar varios de sus miembros en oposicion con el Emperador; que S. M. está en completo desacuerdo con el general Bazaine, y que la retirada en fin, de las tropas francesas, es ya cosa acordada por el mismo Napoleon III. »

IV.

Por más que los defensores de la monarquía procurasen dar con cierto aire de desprecio y en tono festivo las anteriores noticias, habia sin embargo en estas, y así lo reconocian aquellos mismos que trataban de ridiculizarlas, cierto fondo de verdad que afligia el ánimo del Emperador de Méjico y que inquietaba á la vez el de su protector Napoleon III. El gobierno de los Estados- Unidos mostrábase, en efecto, con cierta reserva en la cuestion mejicana, que no sin razon era traducida por algunos de los ministros de Maximiliano como una prueba evidente de oposicion y de hostilidad á la nueva monarquía. El presidente Johnson, cuyos principios de independencia y de libertad habia tenido ocasion de dar á conocer en los criticos momentos por que á la sazón pasaban los más importantes Estados del Nuevo Mundo, y que en ninguno de sus actos gubernamentales habia desmentido la conducta del desgraciado Abraham Lincoln, no podia en manera alguna reconocer la legitimidad del gobierno de Maximiliano, ni consentir que las rancias preocupaciones de Europa fueran á arraigarse en ningun pueblo de América. Por más que el gobierno del Emperador de Méjico habia apelado á toda clase de medios para que el nuevo Imperio fuese reconocido y aceptado por los Estados- Unidos, no otra cosa habia hasta entonces alcanzado del presidente Johnson que respuestas evasivas

y dilaciones, que cualquiera podia traducir como la negativa más completa y terminante que un gobierno puede dar á otro.

Algunos de los partidarios de Maximiliano, que antes que perder toda esperanza querian encontrar aun en el gobierno de la Union una frase, una palabra siquiera que les hiciese conservar sus quiméricas ilusiones, pretendian que se dirijese una nota al gobierno de Washington, pidiéndole esplicaciones categóricas y terminantes sobre su actitud respecto al Imperio mejicano.

Pero el gobierno del Emperador, para quien eran harto conocidos hasta los términos en que se redactáran aquellas esplicaciones, escusábase diciendo, que exijir á un gobierno liberal, como lo es el de la Union, que definiera la actitud que pensaba guardar en la cuestion mejicana, sería trabajo completamente perdido, pues á lo sumo la respuesta sería una protesta de neutralidad por el momento, sin ofrecer garantías de ninguna clase para lo sucesivo, con lo cual el gobierno imperial quedaria, despues de dado est e paso, en la misma situacion y en la misma duda que tenia antes. «El mejor medio y la única garantía,—continuaban los intérpretes de Maximiliano,—consistiria en hacer que la masa del pueblo de los Estados-Unidos, se interesára moral y materialmente en la consolidacion de las instituciones imperiales de Méjico.»

A pesar de este triste convencimiento del gobierno de Maximiliano, citábase, entre otros medios intentados por el mismo, para atraer á la causa del Imperio al Gabinete de los Estados-Unidos, el de haberse presentado en Washington el Sr. Degollado, portador de una carta de Maximiliano para el presidente Johnson, en la cual manifestaba aquel soberano el sentimiento que le habia causado la trágica muerte de Mr. Lincoln, y felicitaba á la vez á Mr. Johnson por su elevacion al poder; todo esto de una manera extraoicial, y con el objeto de ver cómo recibia el nuevo presidente la demostracion, y si sería posible atraerle á entablar relaciones de cualquier género con el gobierno imperial, lo cual traeria más tarde las relaciones oficiales, y al fin y al cabo, el reconocimiento.

El Sr. Degollado, decíase igualmente,

tomó todas las medidas convenientes para asegurar el buen éxito de su importante y difícil comision; y cuando llegó el momento oportuno, pidió al presidente permiso para presentarle la carta de Maximiliano. Los ministros de Francia, Inglaterra, España y otras potencias, pero especialmente el primero, aguardaban con la mayor ansiedad el resultado de aquella mision, que no se hizo esperar mucho, porque el secretario de Estado y el presidente no evadieron la cuestion por cortesia. Se les rogaba que recibiesen una carta del Emperador de Méjico, y la contestacion fué que no reconocian como á tal á semejante señor, en cuyo caso no deberian aceptar carta ninguna que con aquel carácter les enviase Maximiliano I.

V.

Estuviera ó nó concebida en estos términos la respuesta del presidente de los Estados-Unidos, es lo cierto que los defensores de la monarquía querian halagar una ilusion vana si pretendian asegurar el imperio de Maximiliano. El origen y fundamento de aquel poder era repugnante en Méjico por los medios que se habia logrado. El archiduque de Austria habia venido al trono de la nacion mejicana, apoyado por las fuerzas de la Francia, y derribando un poder que la voluntad nacional habia levantado con sus sufragios. El nuevo Imperio, que no contaba con la cooperacion de los mejicanos, veíase obligado á apelar á fuerzas extranjeras, rodeándose de aventureros de Francia, de Austria y de Bélgica para asegurar el trono. El elemento liberal de Méjico que empapado en las doctrinas de la República por espacio de medio siglo, formaba la gran mayoría de la nacion, no veía en Maximiliano sino al verdugo de las libertades y franquicias de la patria, y sus esfuerzos por desterrarle de un pueblo que á costa de tanta sangre y de sacrificios habia conquistado su independendencia, habrian de ser heroicos é inagotables.

Pero aparte de todas estas causas, que por sí solas eran más que suficientes para desterrar del suelo mejicano la monarquía representada por Maximiliano, habia otras mucho más eficaces y poderosas, cuyo solo

recuerdo hacía vacilar como frágil caña el trono del príncipe austriaco. La grandiosa República norte-americana que venía sosteniendo una de las luchas más memorables que registra la historia de nuestros tiempos, se hallaba próxima á dar fin á su magnífica y gloriosa empresa. Los dos pueblos que durante largos años habian regado con sangre de sus hermanos las estensas comarcas de aquella República, estaban á punto de estrecharse en eternos lazos. Deshecha la densa nube en que hasta entonces habian estado envueltos, comenzaron á preguntarse si no podrían hacer otra cosa mejor que aniquilarse en una lucha fratricida, consumiendo su riqueza y su poblacion, y á pensar si habría ó nó algunas Potencias grandemente interesadas en su total destruccion. Comenzaron asimismo á mirar de través á Inglaterra detrás de las fronteras del Canadá, y á Francia en la capital de Méjico. Los pensamientos de Napoleon III al enviar sus legiones al Nuevo Mundo, aparecieron igualmente con toda su trascendencia á los ojos de los norte-americanos; y como impulsados por unos mismos instintos, los combatientes deseaban deponer las armas y abrazarse estrechamente.

La paz de los Estados-Unidos estaba á punto de realizarse. El vicepresidente del Congreso confederado llega al fuerte Monroe para estipular las condiciones con que habia de realizarse. Jefferson Davis, cuyos deseos habian dominado siempre, se vé impuesto con algunas resoluciones por el mismo Congreso que tan ciegamente le habia hasta entonces obedecido. Los gobernadores de varios Estados tan importantes como el del Missisipi, pertenecientes á la confederacion del Sur, reclaman como apremiante necesidad una paz pronta que ponga fin á la guerra con sus propios hermanos. Estos mismos Estados se niegan á obedecer las atrevidas órdenes de Jefferson Davis, que mandaba quemar, tan luego como se acercasen los ejércitos federales, todas las existencias de algodón. La paz, en fin, es por todos aclamada y aplaudida. ¿Qué será, pues, de los orgullosos zuavos de Napoleon III y de las otras fuerzas del Imperio austriaco? ¿Qué harían en Méjico todas las bayonetas de estos dos Imperios si tuvieran que luchar con los ejércitos que sos-

tenían las federaciones del Norte y del Sur? ¿Podría caber en la loca fantasía de Maximiliano y de sus defensores, que el trono imperial resistiría siquiera una amenaza de los Estados- Unidos?

Seguramente que nada de esto se ocultaba al infortunado Maximiliano; y si á pesar de ese conocimiento claro y evidente del sombrío porvenir que en lontananza se presentaba á sus naturales ambiciones, continuó no obstante defendiéndose contra el torrente liberal de la nacion mejicana, no fué ciertamente siguiendo los verdaderos impulsos de sus creencias y de sus sentimientos, sino arrastrado por un exceso de amor propio de una parte, y cediendo de otra á las exigencias y á los compromisos que habia adquirido con los elementos más reaccionarios de Méjico.